LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 6 DE MAYO DE 1889 — NÚM. 384

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡TODO ACABÓ ENTRE LOS DOS! cuadro de Juana Rongier

Juana Rongier figura hoy con justicia entre las estrellas del arte pictórico francés: nacida en 1852 en Macón, demostró desde su más tierna edad excepcionales disposiciones para la pintura que dirigidas por maestros tan renombrados como Harpignies y Luminais han producido ópimos frutos objeto de la admiración de artistas y de aficionados así de Francia como del extranjero. Tres épocas nos presenta su carrera artística: en la primera se manifestó notable paisajista, en la segunda trasladó al lienzo con no poca fortuna los concienzudos estudios que hiciera sobre el período histórico de Luis XIII y en la tercera se dedicó á los cuadros de género y á los retratos.

Sus cuadros se distinguen por la verdad con que reflejan el natural, por el sentimiento de que están impregnados y sobre todo por la maestría con que reproducen los tonos del aire y de la luz: todas estas cualidades se patentizan en el que publicamos, correspondiente á la segunda de las citadas épocas de su vida en el arte, bien que en él predomina por encima de todas las demás la del sentimiento.

Una misma causa ha producido en los dos personajes de la escena distintos efectos, consecuencia de sus dos opuestos caracteres; en el hombre un dolor concentrado, con ligera dosis de resentimiento que nubla la frente pero no empaña los ojos; en la mujer un dolor que estalla, que se desborda, que se deshace en un raudal de lágrimas: el rostro de ella no se ve y sin embargo se adivina al través de los pliegues del pañuelo que lo cubre y oprime. La historia debe ser interesante; los que de tal suerte riñen no pueden quererse poco, los que tanto se quieren no habrán sin duda reñido por motivos muy graves. ¿Tardará mucho en serenarse el nuboso cielo y en volver á lucir espléndidos los alegres rayos de la dicha resucitados por la reconciliación? Se nos antoja que no. ¿Quién será el primero en ceder? A tal pregunta sólo podemos contestar con esta otra. ¿Qué corazón se muestra insensible al ver correr el llanto por las mejillas de la mujer amada?

MENDIGOS Á LA PUERTA DE UNA CASA (1608

Fac-símile de un agua-fuerte de Rembrandt

Rembrandt es una verdadera personalidad en el arte hasta el punt de que decir en el mundo artístico *un cuadro, un retrato á lo Rembrandt* equivale á describir minuciosamente un estilo pictórico: e género creado por el ilustre maestro holandés se distingue de lo demás por los efectos lumínicos, por la expresión que resulta de contraste entre la luz y la obscuridad, procedimiento especial que h valido al célebre discípulo de Lastman y de Pinas uno de los primeros lugares entre los pintores flamencos.

Pero Rembrandt además de sus portentosos cuadros nos ha dejad una colección tan numerosa como variada de aguas fuertes y en est especialidad bien puede afirmarse, sin temor á pecar de exageración que no tiene rivales. El fac-símile que en este número reproducimo es una de tantas pruebas como podríamos aducir en confirmación d nuestro aserto y una demostración de que en el campo del arte l composición más sencilla y de menores proporciones puede llegar constituir una verdadera joya.

TÉRMINO DEL VIAJE

De un magnífico libro que acaba de publicarse en Londres tomamos este grabado que no por tener sus puntas de caricatura expres menos gráficamente lo que el dibujante habrá visto más de una ve en algún parador de diligencias. El imberbe pollo que impacientemente aguardaba hacía rato la llegada del vehículo, el que en lo alt



¡TODO ACABÓ ENTRE LOS DOS! cuadro de Juana Rongier

del coche se despereza esforzándose por abrir los soñolientos ojos y estirando sus entumecidas extremidades, el anciano medroso que pone sus cinco sentidos en la difícil operación del descenso, la joven que medita la manera de bajar sin que su pudor tenga que sufrir el menor contratiempo, el viajero que vuelto de espaldas parece ocupado en la faena de recoger sus cachivaches, el cochero, el mozo de postas, los caballos, todo en fin es un fiel trasunto de una de las escenas con tanta frecuencia presenciadas allí donde la civilización no ha dejado sentir todavía los beneficios de sus rails y de sus locomotoras.

Mr. Thomson, autor de este y de los demás grabados de la obra, ha demostrado que sus ojos ven bien, que su memoria retiene fielmente lo visto y que su lápiz reproduce con facilidad y destreza pasmosas lo retenido.

UNA FAMILIA DE GITANOS, cuadro de Pablo Bohm

Nadie mejor que los pintores húngaros y polacos para presentar tipos y escenas tomadas de la vida de su propio país: haciéndolo así no sólo se mantienen dentro del terreno del sentimiento nacional sino que comparados con los de otras naciones que han querido buscar asuntos para sus cuadros en aquélla, resultan ser los mejores intérpretes de estos motivos típicos.

Dígalo, sino, el cuadro de Bohm que respira verdad por sus cuatro costados: esta familia de gitanos es copia exacta de una de las muchas que acampan en las praderas húngaras sin más bienes que sus hijos, sus harapos y su violín, impulsadas sólo por el espíritu nómada que las lleva por senderos apartados de la civilización que por todas partes les rodea. El jefe de la familia entregado al sueño de la indolencia que no del cansancio, la esposa cuya belleza no han podido abatir ni la degradación ni una existencia de sobresaltos y privaciones, la madre anciana dispuesta á preparar la comida con el fruto de sus rapiñas, los niños semi desnudos unos y otro casi desnudo del todo únicamente atentos á su propio bienestar, todos estos elementos constituyen un cuadro en que se resumen la vida y la cultura de un pueblo y en el cual la belleza de la concepción y la agrupación admirable de los personajes corren parejas con la excelencia del dibujo y la fuerza y armonía del colorido.

VISITA Á LA JOVEN MADRE, cuadro de Munkacsy

Pocos pintores justifican como Munkacsy la fama universal que se les concede, los honores y las distinciones que se les tributan y los precios elevados y rayanos en lo fantástico que los aficionados pagan por sus cuadros; pocos como él también son tan dignos de ver así recompensados sus afanes si es que en el arte merecen premio los tristes accidentes de una juventud desgraciada y una vida llena de privaciones y sacrificios por entero consagrada al amor artístico. Huérfano de madre desde muy niño, vió al poco tiempo morir á su padre en la cárcel en donde había sido encerrado por haber tomado parte en la revolución de 1848: un tío suyo, abogado de muy pocos recursos, púsole de aprendiz en casa de un carpintero de Arad en donde supo robar al descanso y al recreo algunas horas que dedicó al estudio de la lectura y de la escritura y á adquirir algunos conocimientos de literatura y de historia. Siete años de penosos trabajos corporales quebrantaron su salud hasta el punto de inspirar cuidado á su bondadoso pariente que se lo llevó consigo á Gyula: allí se reveló el instinto artístico del joven Munkacsy en quien la presencia en el pueblo de un pintor ambulante despertó una verdadera pasión por la pintura. Desde entonces sus estudios se vieron coronados por el mejor éxito y su carrera ha sido una serie de no interrumpidos triunfos, entre los cuales figura en primera línea el gran premio de honor que en la última Exposición Universal de París otorgó el Jurado á su cuadro «Milton dictando á sus hijas el Paraíso Perdido.»

«La visita á la joven parida» no conmueve como «Las últimas horas de un condenado,» no impresiona como el «Milton,» no impone como el «Jesús delante de Pilatos,» obras todas del mismo autor, pero en cambio extasía, recrea el ánimo haciéndole asistir á una escena de familia tan delicadamente sentida como bien interpretada. En todo el cuadro se refleja el genio excepcional de Munkacsy: el simpático grupo que forman la amorosa nodriza y las amigas que con más cariño que curiosidad contemplan la risueña carita del *bebé* y la figura principal en cuyo cuerpo y pálido semblante se notan todavía las huellas del pasado sufrimiento y al través de cuyos ojos se transparentan el más santo de los amores y la más pura de las alegrías y se adivina el olvido más completo del dolor sufrido ante el inefable deleite que produce la presencia del primer hijo, constituyen un conjunto encantador realzado por un cúmulo de detalles suntuarios con tanta elegancia dispuestos como brillantemente coloreados.

El cuadro de Munkacsy produce en nosotros un efecto que quizás alguien tache de estrambótico: para nosotros la protagonista (y dispensen nuestros lectores la aplicación que vamos á dar á esta palabra) no es ni la figura que aparece como principal ni ninguna de las secundarias que componen el grupo, sino que es un algo impalpable que más que se ve se siente: es... la mirada de la joven madre.

M. CHEVREUL

Miguel Eugenio Chevreul, el ilustre centenario fallecido en París en 9 de abril del presente año, nació en Angers en 31 de agosto de 1786. Su padre, médico distinguido, hízole estudiar en la Escuela central de esa ciudad hasta la edad de 17 años en que se trasladó á París, en donde entró en la fábrica de productos químicos de Vauquelin, de cuyo laboratorio fué nombrado director. En 1810 fué preparador del curso de química en el museo de Historia Natural y en 1813 entró de profesor en el Liceo Carlomagno, obteniendo al propio tiempo el nombramiento de director de las tinturas y de profesor especial en la fábrica de los Gobelinos. Desde aquel momento pudo dedicarse á sus anchas á las investigaciones analíticas por las que sentía afición extraordinaria.

Elegido en 1826 miembro de la sección de química de la Academia de Ciencias en sustitución de Proust, sucedió cuatro años después á su maestro Vauquelin en la cátedra de química aplicada del Museo de Historia Natural.

Desde 1865 tenía la gran cruz de la Legión de Honor.

Sus principales trabajos han tendido al estudio de los cuerpos grasos de origen animal, de los colores, de su contraste, de su combinación y de la gradación de sus matices. Sobre todos estos puntos dió innumerables conferencias así en los Gobelinos como en el Museo.

Hasta los últimos días de su vida trabajó y envió sus comunicaciones á la Academia este venerable anciano, cuya muerte significa una gran pérdida para la ciencia.

Monumento en honor del filósofo italiano Giordano Bruno, en Roma, modelado por E. Ferrari

La Ciudad Eterna se prepara á inaugurar en breve el monumento dedicado á Giordano Bruno, después de no pocas contiendas que acabaron últimamente por producir una crisis en el Municipio romano. La enérgica oposición del partido católico ha sido al fin vencida por la constancia de sus contrarios y por la fuerza de la opinión pública: desde el próximo mes de mayo la estatua del insigne filósofo se alzará majestuosa en el mismo sitio en donde hace doscientos ochenta y nueve años fué su cuerpo devorado por las llamas de la hoguera que encendió el implacable fanatismo.

Uno de los biógrafos de Giordano Bruno termina su biografía con las siguientes consideraciones: «La importancia científica de Giordano Bruno ha sido desde hace mucho tiempo reconocida y apreciada; fué el filósofo más grande de Italia y del Renacimiento, el más atrevido y entusiasta propagador del panteísmo que después de él perfeccionó Spinoza. Como predecesor de éste y de Leibnitz ha ejercido gran influencia en la vida intelectual alemana de los dos últimos siglos; tuvo en Lessing, Herder y Goethe ardientes partidarios de las doctrinas por él propagadas y su espíritu informó la transformación que á la filosofía postkanteana imprimió la tendencia seguida por Schelling y por Hegel.»

La estatua de Giordano Bruno cuya copia reproducimos es de bronce, tiene 3'30 metros de altura y está cincelada con verdadero *amore:* el venerable rostro del filósofo semioculto por la holgada capucha acusa los estragos de un sentimiento ávido de encontrar la eterna verdad fuera de los estrechos moldes en que la oprimen muchos sistemas filosóficos y muchas religiones positivas y denota al propio tiempo una energía sólo alcanzable á fuerza de luchas y de sufrimientos; la apostura del monje apóstata es digna y reposada cual corresponde al que consagró su vida á la meditación y á los científicos estudios; las manos son dos piezas anatómicas de primer orden y dentro de sus fingidas venas parece circular la sangre; el hábito naturalmente caído en magistrales pliegues completa la belleza de esta escultura.

Alzase la estatua en un zócalo de 5 metros de altura, en cuya cara frontera va puesta la dedicatoria del monumento: en las tres restantes hay otras tantas tablas de bronce representando los hechos culminantes de Giordano Bruno. Por encima de estas tablas corre una serie de medallones con los bustos de ilustres mártires y adalides del libre pensamiento, entre ellos los de Arnaldo de Brescia, Pedro Ramus, Miguel Servet y Juan Huss.

Ettore Ferrari, autor del monumento, figura entre los principales escultores de Italia: de él son el monumento elevado en Bukarest al poeta y hombre de Estado Heliade, la estatua ecuestre de Garibaldi existente en Rovigo, la estatua de Jacobo Ortis premiada en las Exposiciones de Nápoles (1877) y París (1878), la colosal estatua de Ovidio, el magnífico grupo *Cum Spartaco pugnavit*, la estatua de Lincoln premiada en Nueva York y otras muchas obras de gran valía. Es diputado, consejero municipal de Roma y por elección de los artistas pertenece al *Consiglio superiore di belle arti*, en el Ministerio de Instrucción pública. Con la ejecución del monumento de Giordano Bruno, que ha hecho gratuitamente, hase demostrado Ferrari no sólo artista de primera talla sino hombre desinteresado y noble, más ganoso que del provecho, de la honra de contribuir al enaltecimiento de una gloria de su patria.

COCHE-VELOCÍPEDO «Sultán» de la fábrica Dumstrey y Jungck, de Berlín

En la exposición de velocípedos que recientemente se ha celebrado en Leipzig ha llamado con justicia la atención un coche velocípedo de cuatro ruedas expuesto por la casa Dumstrey y Jungck de Berlín que constituye un notable progreso en la especialidad de estos aparatos llamados á gran aplicación por su ligereza, rapidez y baratura. El sistema es muy sencillo y la simple inspección del grabado dará á nuestros lectores mejor idea del artefacto que cuantas explicaciones pudiéramos nosotros hacerles.

QUIEN A HIERRO MATA....

I

Si desde niño se amaron Lola y Paco, fué por la razón que tiene siempre el amor, porque sí. Juntos se criaron y natural era que profesáranse fraternal cariño, mas no era motivo para que el amor naciera, haber mezclado lágrimas y risas, y caricias y besos y los juegos de la infancia y hasta haberse prodigado algún que otro cachetillo, que produjo enfado que había de durar *siempre, siempre*, y que duró la *eternidad* de cinco minutos.

Si no hubiera yo empleado la poderosa razón de *porque sí* para averiguar la causa del amor que se profesaron Lola y Paco apenas llegaron á la pubertad, quizás tratara de hacer un estudio psíquico físico que demostrara como dos y dos son cuatro, que los muchachos movidos por motivos determinantes se amaron porque ella era de tal temperamento y de tal otro, él, porque la debilidad ama la fuerza y ella era débil de cuerpo y él vigoroso y fuerte. Pero como después de haber hecho tan luminoso estudio, el resultado final sería asegurar que se amaban porque debían amarse, y lo esencial es decir que se amaban, cumple á mi deseo decirlo, y por tan poderosa y buena tengo la razón de *porque sí*, como la de que se amaban porque debían amarse. Y á la primera me atengo, pues evita al lector la pena de leer mi empalagosa averiguación determinista, y á mí el trabajo de hacerla.

Y además ¿no es más hermoso creer que el amor nace de algo desconocido, de la viva simpatía de las almas, que de tal ó cual motivo fisiológico? Pues á creer lo primero y siga su curso mi cuento.

Llegó Paco á ser hombre y trabajó sin descanso para conseguir una modesta posición que le permitiera hacer á Lola su esposa.

Colocado de meritorio en la casa de banca en que estaba empleado su padre, demostró su inteligencia y actividad y así logró ir subiendo lentamente y escalón por escalón la penosa escala de los empleados que no tienen más padrinos que les protejan que su laboriosidad y honradez.

Amando y soñando esperaban los dos pacientemente que llegara la fortuna para unirse en eterno lazo, y como la vida tiene tan extrañas anomalías y el destino tan raros caprichos, la muerte se encargó de realizar los sueños y los deseos de los dos enamorados.

Murió el padre de Paco y éste fué colocado en su puesto con el haber á la vez pequeño y anhelado de seis mil reales.

El pobre joven aprendió prácticamente que con la alegría viene siempre un dolor, que la dicha se compra á costa de amargas lágrimas.

Lola fué al fin su esposa.

II

La felicidad no se describe, han dicho varios autores, y es cierto.

Baste, pues, decir que los nuevos esposos alcanzaron la mayor cantidad de dicha que es posible lograr en este mundo. Uno y otro creían estar soñando y pedían á Dios no los despertara de tan hermoso sueño.

– ¡Y dicen algunos insensatos que en el mundo no hay paraíso! Yo aseguro que lo hay, y sin serpiente, puesto que un ángel lo guarda, – exclamaba Paco en su embriaguez.

– No existe, ni puede existir dicha mayor que la nuestra! – decía Lola. – Pide á Dios que dure mucho.

Y al decir esto su voz se velaba y sus ojos se humedecían.

Paco se reía de sus temores y borraba con un beso las nubes de su frente.

Pero en realidad Lola tenía funestos presentimientos, no hijos del capricho ó del humor, sino motivados por el estado de su salud. Se sentía realmente enferma y cada día peor.

Su débil complexión daba lo que prometía, en el presente la anemia, para el porvenir la tisis.

La pobre niña ocultando á los que amaba sus temores y sus angustias, á todos sonreía, mientras la enfermedad avanzaba implacable.

Sin embargo, la ternura de Paco adivinó lo que le ocultaban, y acudió presuroso á la ciencia en busca de esperanza y de remedio.

De la conferencia resultó que sólo había uno para su adorada Lola: buscar en las aguas de Panticosa los gérmenes que habían de vivificar sus débiles pulmones, destruir allí el incipiente virus tuberculoso.

Los dos esposos se retiraron tristes y abatidos.

Por un instante se miraron en silencio.

Aquella mirada quería decir: El remedio es excelente; pero... ¿dónde está el dinero?

Paco bajó la cabeza y un sollozo subió á su garganta.

– Es imposible, Paco, – dijo ella. – No pienses en eso.

– ¿No he de pensar? tú eres antes que todo; yo encontraré un medio.

Un instante después sus ojos brillaban y sus labios sonreían.

– ¡Hallé la salvación! – exclamaba, – irás á Panticosa y te curarás y me darás un ángel que será tu retrato y moriremos de viejos rodeados de nuestros biznietos!

En realidad la idea de Paco era buena y éste la creía de infalibles resultados.

Seguro de la estimación de su jefe, que lo conocía desde pequeño y de adolescente lo tenía ya á sus órdenes, pensó que no podía rehusarle algún adelanto que le permitiera atender á los gastos del imprescindible viaje de Lola y que teniendo en sus manos el seguro cobro no había de negarle la salvación de su esposa.

Cierto que el banquero tenía fama de avaro y duro de corazón, que era intratable y excéntrico; pero tratándose de cosa tan grave como la vida de una persona y una vida tan preciosa, no podía mostrarse insensible.

Paco *quería* estar seguro de ello, y para convencerse se decía:

– No hay, no puede haber, ser tan implacable que por el adelanto de unos cuantos duros se niegue á salvar á ese ángel de una muerte cierta; no dudo, tengo la seguridad de que accederá á mi petición y mi Lola encontrará la salud en esas benditas aguas.

Pero á pesar de esta seguridad sus piernas temblaban al dirigirse al despacho de su jefe, y cuando en él penetró estaba pálido como un muerto. Tenía la intuición de que aquella entrevista era una jugada de vida ó muerte, que de ella dependía su destino.

El banquero, sentado ante lujosa mesa ministro, contaba billetes de banco.

El momento pareció á Paco propicio y con voz trémula le hizo el relato de su desventura y formuló su petición.

El banquero le escuchó en silencio; luego le dijo con pausado tono:

– Siento en el alma la enfermedad de tu mujer, ya sabes que desde muchacho te he estimado y distinguido; pero... lo que me pides es imposible.

Paco sintió la sensación de un golpe de maza que aplastara su cráneo.

– ¡Imposible! – balbuceó.

– Sí, y tú lo sabes mejor que nadie. Es ley invariable en mi casa no adelantar nada á mis empleados. Pago exactamente, no pueden exigir más.

– Pero señor, en un caso extraordinario como este no debe haber más ley que la piedad. La ciencia me lo ha dicho terminantemente; mi mujer se muere si no se acude, y pronto, al único remedio. Desarrollada la enfermedad, ya no hay salvación posible.

– Repito que lo siento; mas no he de pagar yo el que tú te casaras siendo pobre; los pobres...

– Me casé cuando tuve con qué atender á nuestras humildes necesidades. Pero yo no le pido á V. que pague nada, lo que le suplico en nombre de Dios y de lo que más ame, es que me adelante la cantidad precisa para que mi mujer busque la salud donde únicamente puede encontrarla. Señor, de V. depende la vida de mi Lola; por piedad, no me sentencie V. á la desesperación!

Inútil suplicar.

– Ya te he dicho, – repuso aún más secamente, – que es imposible. No te he de conceder lo que á otros he negado, y es inútil que insistas.



MENDIGOS Á LA PUERTA DE UNA CASA (1608), fac-símile de un aguafuerte de Rembrandt

Al decir esto guardaba apresurado los billetes, cual si temiera que por magnética atracción fueran á Paco, y cerraba con violencia los cajones.

El seco: ris, ris, ris, de las cerraduras sonó en el corazón de Paco como el eco metálico que anunciaba la muerte de su ídolo.

– ¡Señor, señor! – dijo sollozando.

El jefe por toda contestación le señaló la puerta.

Entonces una completa transformación se verificó en aquel hombre. Roja oleada de fuego subió á su rostro; se apoderó de él tan violento acceso de ira que el modesto empleado desapareció dando paso al león herido en su fibra más sensible. Olvidándolo todo en aquel vértigo insensato se lanzó con un salto de tigre sobre la mesa apretando los puños y dispuesto no sabemos si á destrozar al miserable que sentenciaba á muerte á la vida de su vida ó á tomar lo que le negaban.

El banquero tuvo miedo. Con no menos rapidez se lanzó al cordón de la campanilla.

– Pronto, – dijo á un empleado que se presentó en el acto, – llévese V. á ese desgraciado que ha perdido la razón y que no vuelva á mi casa.

El desdichado volvió en sí tan bruscamente como si hubiera recibido una ducha en el cerebro.

¡No volver á aquella casa era llevar la miseria á la suya!

No ensayó sin embargo la súplica ni la protesta, sabía que era inútil.

Salió de allí tambaleándose, recorrió á la ventura varias calles y al fin penetró en su casa.

Lola, que lo esperaba con mortal ansiedad, recibió terrible golpe al verle en aquel estado.

Se lanzó á su cuello y perdió el sentido en sus brazos. ¡Lo había comprendido todo!

III

Aquella nueva y horrible situación á que el destino los condenaba precipitó la implacable enfermedad de Lola.

La pobre niña carecía de todo y sonreía siempre como el ángel que entrevé el paraíso.

Paco recurría á todos los medios, llamaba á todas las puertas. Los amigos no querían, los parientes no podían, por contar con pequeños haberes.

Tuvo que renunciar á la única salvación de Lola y dedicarse á ganar con su trabajo el pan de cada día.

Como el héroe manchego pasó las noches de claro en claro sin lograr apenas el descanso del sueño y los días de turbio en turbio copiando á destajo manuscritos para un teatro.

Absorto al parecer en su trabajo, observaba en realidad sin cesar á su adorada Lola y seguía con desesperación los progresos que el mal hacía en aquella débil naturaleza.

¡Veía morir á aquel pedazo de su alma por quien hubiera dado cien vidas á disponer de tantas, sin que le fuera posible hacer nada, obligado á presenciarlo inactivo! ¡Jamás hombre alguno sufrió tormento más espantoso!

Ideas terribles cruzaban á veces por su calenturiento cerebro, pensamientos que su conciencia rechazaba lo impulsaban á la protesta violenta, á la furiosa rebelión de todo su ser por tan inmerecida desgracia. Pero el acceso pasaba y venía el abatimiento. Entonces se decía mirando á Lola:

– Cuán cierta es la máxima de Séneca: Llamas á la desdicha cuando dichoso te haces.

¡Cuánta razón tenía mi ángel querido al asegurar que nuestra felicidad era un hermoso sueño!

¡Ay! ¡qué pronto ha venido el despertar!

En aquel suplicio de Tántalo transcurrieron dos meses, al terminar los cuales Paco que estaba en plena juventud, tenía la cabeza blanca como un anciano.

Lola ya no sufría; acariciada siempre por ensueños lisonjeros, entregada á rosadas fantasías, á medida que su cuerpo se consumía se engrandecía y alegraba su alma inundándola de esperanzas, como si al desprenderse de la mísera materia quisiera hacerla gozar todos los encantos de la ilusión.

Un día en que Paco lloraba y Lola sonreía, ésta lo atrajo hacia sí dulcemente diciéndole:

– Ven, mi adorado loco, pesimista tenaz, y no sufras sin motivo. Tengo el presentimiento de que nuestra suerte ha de cambiar bien pronto de la manera más favorable. Restablecida yo por completo, haremos un viaje de recreo que me acabará de fortalecer. ¿Y adónde iremos, Paco mío?

Él no pudo contestar, harto hacía con dominar su violenta emoción.

– A Italia, – continuó la pobre niña, – al país del arte y la poesía. ¡Siempre ha sido ese mi sueño dorado!

Tú no lo crees, piensas que son ilusiones mías; pues te equivocas como se equivocó el doctor respecto á mi enfermedad. Dijo que sólo me curaría yendo á Panticosa y ya lo ves, no he ido y estoy tan bien, sólo un poco débil; pero mejor que nunca.

Paco la estrechó entre sus brazos loco de dolor.

¡Aquel bienestar le asustaba! Tocó sus manos: abrasaban más que nunca.

– Tienes fiebre, – murmuró, – voy corriendo por el médico.

– ¡Tonto! ¿para qué? ¿No te digo que jamás me he sentido tan bien? Como duermo poco por la noche, se va apoderando de mí un sueño tan dulce... Dame tu mano. Paco, Paco mío, ¡qué feliz me hace tu amor!

Y Lola se durmió en efecto; pero para no despertar jamás.

Sin sacudidas, sin agonía voló el alma de aquel ángel á su patria: el cielo.

IV

¡Pobre Paco! Al perder el ídolo de toda su vida, á aquella mujer tan adorada que lo era todo para él, dejó de ser un hombre para convertirse en la estatua muda del dolor.

Cual si con Lola hubiera muerto su ser moral alentando sólo el físico por un cruel ensañamiento de la materia, Paco no lloró ni hizo desesperadas demostraciones. Helado, impasible, mudo, cumplió sus últimos deberes con movimientos de autómata, y como un cadáver galvanizado siguió hasta el cementerio al cuerpo que se llevaba su alma.

Aquella era la última morada de la compañera de su vida y allí se instaló como el perro fiel que guarda la sepultura de su amo.

Nadie logró sacarle de su mutismo, nadie le oyó una queja ni vió en sus labios una sonrisa.

Sombrío, taciturno y siempre mudo, recorría á grandes pasos las anchas calles del cementerio ó reposaba en un banco fijos los ojos en la tumba que guardaba los queridos restos.

A veces su mirada adquiría extraordinaria fijeza, parecía seguir con delicia los movimientos de un ser visible sólo para él, extendía los brazos que luego oprimía dulcemente contra su pecho como estrechando en ellos la soñada visión, y en aquellos instantes, por desgracia cortos, su rostro perdía su marmórea inmovilidad, sus ojos expresaban inmensa ternura, todo su ser se transfiguraba.

Otras veces se erguía fiero y terrible clavando la inquieta mirada en un punto como si de allí viera surgir la fantástica sombra de odiado enemigo, y con el rostro contraído, apretados los dientes y los puños crispados se lanzaba hacia la aparición gritando: ¡Miserable, miserable!

El guardián de aquel fúnebre recinto contempló á Paco con curiosidad los primeros días, luego le inspiró compasión, más tarde lo asoció á sus lúgubres tareas, y acabó por tener en él tal confianza que fué el verdadero



TÉRMINO DEL VIAJE, grabado tomado de la obra inglesa, *Coaching Days and Coaching Ways*



UNA FAMILIA DE GITANOS, cuadro de Pablo Bohm

VISITA Á LA JOVEN MADRE, cuadro de Munkacsy



M. CHEVREUL, individuo de la Academia de Ciencias en París † el 9 de abril de 1889

jefe de aquella ciudad de los muertos, lo que le permitía cumplir su único deseo: no separarse nunca de la tumba de su Lola.

Una tarde llevaron al cementerio conducidos en lujoso coche fúnebre y seguidos de numeroso y brillante acompañamiento, los restos mortales del banquero que con su bárbaro proceder causó la muerte material de Lola y la moral de Paco.

Por un extraño sarcasmo de la suerte, aquel hombre que en vida había sido tan cruel con Paco, iba muerto á pedirle el último lecho.

Como el rico banquero había sucumbido á causa de un repentino accidente, su cuerpo quedó en depósito. El duelo se retiró murmurando bajito de las costumbres y rarezas del difunto.

Cuando la noche hubo cerrado, penetró Paco con las facciones descompuestas, los labios temblorosos y las pupilas dilatadas en el fúnebre aposento. El muerto estaba solo, que los que *son* suelen ocuparse poco de los que *han sido*.

Sañudo y torvo lo contempló un instante oyéndosele murmurar con reconcentrado odio:

– ¡Asesino de aquel ángel que era mi vida, ladrón de mi dicha, origen de todos mis males, implacable verdugo de mi amor! ¿quién pudiera volverte á la vida para con mis manos arrancártela otra vez?

Cual si aquel terrible deseo tan ardientemente expresado hubiera sido atendido, el cadáver movió ligeramente un brazo.

Paco retrocedió con el cabello erizado; mas pasado el primer instante de sorpresa creyóse víctima de una alucinación; avanzó de nuevo y examinando el cuerpo de cerca vió que la piel perdía poco á poco la densa palidez de la muerte, que los labios se coloreaban y los músculos se contraían. La duda no era ya posible. Aquel cuerpo no estaba muerto.

En los ojos de Paco brilló un rayo de frenética alegría.

– ¡Los romanos decían que la venganza es el placer de los dioses! – exclamó. – ¡Mi rencor me dice que es el placer de los placeres!

Tú, que tanto me has hecho sufrir, me vas á proporcionar el único placer que me es dado ya disfrutar. En mi dolorosa existencia sólo esa alegría puedo ya sentir y ¡por mi nombre! que no la desperdiciaré.

Sin vacilar un instante, con espantable calma dejó caer sobre el cuerpo la pesada tapa de ébano, la encajó con un martillo y cerró con doble llave la lujosa caja recreándose en el ronco: ras, ras, ras, de las cerraduras que le parecía el eco de aquel metálico: ris, ris ris, con que el avaro cerró el dinero que representaba la vida de dos seres.

Terminada su siniestra tarea, Paco huyó precipitadamente, corrió sin tino hasta dar con la sepultura de Lola ante la cual cayó de rodillas ocultando la cabeza entre sus manos.

¿Encontró el desgraciado en la venganza el placer que buscaba? ¡Ay! ¡no!

El día lo sorprendió en la misma postura.

Cuando lo levantaron de allí, estaba loco.

A. Sánchez Cantos

AMERICA ANTES DE COLON

(Apuntes de Historia precolombiana)

Próximo el cuarto centenario del descubrimiento de América y comenzados los trabajos para solemnizarle con esplendor en consonancia con el suceso, quizás no sea tarea inútil y seguramente es oportuna la de averiguar si Colón tuvo precursores y cuáles fueron. No se amengua con esto lo más mínimo la gloria del ilustre genovés ni la de sus arrojados colaboradores los Pinzones, de Huelva. Nada ha sido revelado á la humanidad que ella no presintiera. Muchos siglos antes que Copérnico, Tales de Mileto, que nació seiscientos años antes de Cristo, sostuvo la teoría de la esfericidad de la tierra y enseñó la verdadera causa de los eclipses: Aristóteles tres siglos después expuso más científicamente esta doctrina; Sócrates precedió á Jesús; Blasco de Garay á Papin y á Fulton, etc. etc. Y si alguna vez la casualidad ha querido romper esta ley descubriendo al hombre un secreto anticipadamente, el descubrimiento ha caído como semilla arrojada á la tierra antes de la estación conveniente y no ha fructificado.

Todo descubrimiento, antes de convertirse en verdad adquirida ha sido vagamente presentido; todo innovador y todo descubridor ha tenido su precursor. Ley histórica invariable que una vez enunciada me permitirá hablar de los precursores de Colón sin que pueda atribuírseme el mezquino propósito de lanzar sombra alguna sobre la gloria de éste.

I

LA LEYENDA DE LO DESCONOCIDO

La Atlántida

Para los antiguos el Océano era la región de los misterios y de los peligros, envuelto en perpetuas nieblas, poblado de monstruos y batido siempre por las tempestades. Con variantes de mayor ó menor importancia, así nos lo describen Herodoto, Estrabón, Pomponio Mela, Plutarco, Plinio, Ptolomeo y peor aun que ellos San Agustín y los demás padres de la Iglesia que marcan en la Historia de la Geografía el principio de una época de inmenso retroceso. Los cartagineses que recorrieron buena parte del Océano supieron guardar escrupulosamente el secreto de sus descubrimientos. Todo lo que se sabía acerca del mar occidental estaba reducido á unas cuantas leyendas acerca de la Atlántida, el continente Cronio, las Afortunadas, la Mesopida. En cambio las verídicas noticias de Piteas de Marsella acerca de los mares del Norte eran tenidas por fabulosas.

Un español profetizó entonces el descubrimiento del Nuevo Mundo. Séneca en su *Medea* estampó este concepto:

Venient annis sæcula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Saxat, et ingens pateat tellus,
Tiphisque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.

«Vendrá un tiempo andando los siglos, en que el Océano romperá los lazos con que aprisiona el mundo; la inmensa tierra será abierta á todos, Tifis descubrirá nuevos mundos y Tule no será ya la última tierra.»

Visión de poeta, presunción de sabio, á lo más, pero de ningún modo conocimiento positivo de nuevas regiones: esto solamente debe buscarse en la profecía de Séneca, que tanto influyó en el ánimo de Colón. El viejo mundo llegado á la plenitud de su fuerza intentaba romper esos lazos de que nos habla el poeta. Apoderóse de él la fiebre de los descubrimientos. Mientras Marcelo Celer, procónsul en las Galias, intentaba la exploración del Atlántico, dos centuriones partían Nilo arriba en busca de las fuentes de este río. Expresión de este especial estado de los espíritus son las mil leyendas que acerca del mar exterior corrían, admitidas generalmente.

La de la Atlántida adquirió mayor celebridad que ninguna otra. Platón la dió vida y autoridad entre los sabios. Antes de él la Atlántida era popular en Atenas. En la fiesta de las pequeñas Panateucas se conmemoraba la lucha de los atenienses con los atlantes á los cuales vencieron ayudados por Minerva. Platón hizo más que afirmar la existencia de la Atlántida y fijar su situación. Además de esto dió curiosos detalles acerca de los atlantes. Formaban estos un reino poderoso. Poseían la Libia hasta Egipto y Europa hasta la Tirrenia. En el reparto del mundo entre los dioses cúpole á Neptuno cierta gran isla perdida en el Océano. En ella encontró á Clito, hija de Evenor y de Leucipa, con la cual contrajo matrimonio. Leucipa le dió diez hijos de los cuales el mayor era Atlas. Dió este nombre al país en el cual reinó, así como también sus descendientes durante una larga serie de generaciones. Los atlantes reunieron inmensas riquezas gracias al comercio y á los productos en que abundaba su país que eran: oro, metales, aromas, animales domésticos y salvajes, viñas, trigos, frutos de toda especie y particularmente un vegetal leñoso que suministraba al propio tiempo bebida, comida y perfumes. Eran espléndidas sus ciudades y magníficos sus palacios. Canales surcados por galeras trirremes cruzaban el país. En la capital había gimnasios, hipódromos, baños y además cuarteles. Tenían cuerpos de tropas escogidos. Los principales estaban acuartelados junto al Acrópolis. Este era ocupado por la guardia personal de los reyes. La capital presentaba todas las ventajas de un puerto de mar. El canal y puerto principales estaban llenos de buques mercantes que llegaban de todos los países del mundo y cuyos tripulantes producían un tumulto continuo. El resto del país correspondía á la grandeza de la capital y la inmensa llanura en cuyo centro ésta se hallaba estaba admirablemente cultivada, cortada por mil canales y daba dos cosechas anuales. Su población era muy numerosa. El ejército era formidable; 1200 buques de gran porte defendían sus costas. Cada uno de los diez reyes atlantes era dueño absoluto de sus estados. Cada cinco ó seis años se reunía una asamblea compuesta de representantes suyos y cuya misión era dar solución pacífica á todas las diferencias que entre ellos surgieran. Los atlantes no podían combatir unos contra otros. Los descendientes directos de Atlas ejercían cierta superioridad sobre los otros nueve reyes. No podían condenar á muerte á ningún pariente sin consentimiento de sus colegas. Vivieron así felices los atlantes durante una dilatada serie de siglos. Degeneró por último su gobierno, introdújose en él la anarquía y Júpiter irritado destruyó la isla.

Tal es la leyenda de la Atlántida según Platón. En la antigüedad gozó de gran crédito. Sin embargo, los neoplatónicos combatieron su existencia. La mayor parte vieron en ella la historia alegórica de luchas entre los hombres ó entre los espíritus (Aurelio, Numerio, Orígenes, Proclo). El ilustre americanista Acosta (1598) negó en absoluto su existencia. En los dos siglos siguientes sostuvieron la misma tesis Fabricio, Malinkroot, Tiedemann, Hismanus y otros. Más tarde Gosselin, Uckert, Malte-Brun, Letronne y Rhinne negaron también la existencia de la Atlántida suponiéndola sólo producto de la fantasía. Nikles la considera como una ilusión de óptica. Plinio y Estrabón no formularon opiniones tan radicales. Ortelio cree que Cádiz y América pudieran muy bien ser las extremidades de un continente sumergido. Voltaire, Laffitan, Saint Simón, Buffon, Mentille, Raynal, Beudant y otros muchos autores guardan una prudente reserva acerca de este delicado asunto. Humboldt y Stallbaum creen que en el fondo de esta leyenda debe haber algo de verdad.

La Atlántida ha tenido siempre y tiene aun hoy numerosos partidarios. Los modernos la explican por medio de esa Geología especial para uso de los profanos y en la cual las fuerzas naturales despliegan una energía que la ciencia no ha comprobado jamás en la realidad. M. Gaffarel, uno de los contemporáneos que con más lujo de erudición ha tratado la materia, dice acerca de ella después de haber apelado á la autoridad de Buffon en apoyo de la teoría de esas grandes trasformaciones de la superficie terrestre:

«Sin tener en cuenta sino lo que ante nosotros ocurre, ¿no vemos sucederse á diario fenómenos cósmicos que trasforman nuestro globo? La Suecia se eleva sobre el nivel ordinario del Báltico. Todavía ayer surgía una isla del seno del Mediterráneo. Un inmenso continente se forma en las profundidades del gran Océano. Aluviones, dunas, escarpas, estalactitas, incrustaciones, volcanes son otras tantas causas de modificaciones que actúan diariamente á nuestra vista. *Tiempo vendrá*, ha dicho un gran sabio (Darwin), *en que el reposo de la corteza terrestre durante todo un período de su historia será para los geólogos tan improbable como lo sería la calma absoluta de la atmósfera durante una estación entera del año.*»

Verdad es que estos fenómenos no prueban la desaparición de la Atlántida, pero pueden citarse muchos que tienen con ellos la mayor analogía: ciudades que se hunden, islas que se anegan, partes de continentes que desaparecen. La Acarnania y la Acaya han sido cubiertas casi totalmente por las aguas de los golfos de Ambracia y de Corinto. La Propóntida y el Ponto Euxino anegan vastas llanuras en Europa y en Asia. Unas veces el mar se abre camino á través del Helesponto y de los Bósforos de Tracia y del Quersoneso Címbrico; otras segrega la Sicilia de la Italia, Chipre de la Siria, Eubea de la Beocia, ó

sorbe Pirax y Auliso, Elia y Bura en el golfo de Corinto, la mayor parte de la isla de Cos y la mitad de Tindaris, en Sicilia. En el centro mismo de las tierras húndese el monte Ciboto y la ciudad de Cureta, é igualmente Sípilo de Magnesia. Un continente entero, la célebre tierra *lictoniana* ó *licroniana*, célebre por los argonautas del falso Orfeo, desaparece con gran espanto de los contemporáneos. Todos estos fenómenos han ocurrido en la época histórica y son tan auténticos como el hundimiento de la ciudad de Herbadilla en el siglo VI de nuestra era y cubierta hoy por las aguas del lago de Gund Lieu ó que la desaparición bajo las aguas en 1809 de una extensión de 80 leguas cuadradas en la llanura de Sindrea, junto á las bocas del Indo... No se opone por lo tanto á las reglas de la crítica la suposición de que un cataclismo de esta especie hiciera desaparecer una isla ó por lo menos parte de una cuyas dimensiones se han exagerado. El presidente de Brosses, Forster, Dumont d'Urville, Broer, Mœrenhout, Martin de Moussy y otros sabios creen que en otro tiempo existió en el Pacífico un gran continente determinado por las islas Hawai, Marquesas y Nueva Zelanda, las cuales son sólo regiones culminantes de la tierra sumergida. Es una hipótesis, pero muy legítima. Con más motivo podría admitirse la existencia en el Océano Atlántico, de una gran isla cuyos últimos vestigios vendrían á ser las Antillas y las Azores. Semejante suceso no ha ocurrido durante la época histórica. El propio Platón fija su fecha en 9000 años antes que él. Mas no es este motivo para negarlo. Antes del diluvio el hombre tuvo seguramente una civilización, quizás muy avanzada. Sin recurrir á los millares de siglos de la cronología china ó india, los descubrimientos de M. Boucher de Perthes, la gran obra de M. Troyon sobre las ciudades lacustres, los recientes trabajos de MM. John Lubboch, A. Morlot, Thomsen, Mortillet, Lehon y los productos de la industria anti-diluviana en 1867 en el palacio del Campo de Marte, prueban que el hombre conocía las artes y había llegado á notable grado de civilización antes del gran cataclismo que renovó su historia hace 6000 años (1).

El Sr. D. Joaquín Costa en un reciente trabajo (2), consigna como opinión generalmente admitida la existencia de una tierra atlántica desaparecida que pudo ser la Atlántida. López de Gomara identificó la Atlántida con la América (1552), idea que estuvo muy en boga. Acosta negó en absoluto su existencia. Badía fué el primero en sospechar que *la antigua isla Atlántida, se formaba de la cordillera del monte Atlas.*



MONUMENTO EN HONOR DEL FILÓSOFO ITALIANO GIORDANO BRUNO, EN ROMA, modelado por E. Ferrari

Mas no se trata de saber si existió ó no la Atlántida ni de si esta opinión de Badía se aproxima á la verdad más que las sostenidas por otros autores. Tan lejos se hallan estos de ponerse de acuerdo respecto á la situación que ocupó, como acerca de su existencia. Rudbeck, profesor de la Universidad de Upsal, sostuvo que la Atlántida estuvo en Escandinavia. Cumple sólo á mi objeto consignar lo que de esto pensaban los antiguos, considerando cada una de sus ideas acerca del particular como una parte de la leyenda de lo desconocido. Diodoro habla de un lago Tritonio situado en la extremidad occidental de Africa y en medio del cual había una isla habitada por las Amazonas. Cerca de allí estaban los atlantes y el monte Atlas. Del texto de Platón se desprende con toda claridad que la Atlántida estaba fuera de las Columnas de Hércules (3).

* * *

Si Platón nos ha legado la leyenda de la Atlántida, á Teopompo debemos la de la Merapida.

Sileno era un rey de Coria, dado á la buena vida, gran bebedor y amigo de divertirse. Júpiter lo eligió para preceptor de su hijo Baco. Sileno ocultaba bajo apariencia de hombre alegre y vicioso un gran fondo de sabiduría. Sus contemporáneos le admiraban y respetaban. Midas, rey de Frigia, consiguió hacerle venir á su corte y arrancarle algunos de sus secretos. En una de las conversaciones que ambos sabios tenían frecuentemente, Sileno describió á Midas un continente misterioso al que llamaba Merapida.

«Europa, Asia y Africa, decía Sileno, son islas en vuelta de las cuales circula el Océano. Fuera de este mundo existe un continente único, de inmensa extensión. Pueblanle grandes animales y los hombres que lo habitan son dos veces más altos que nosotros. Su vida es larga en proporción. Habitan muchas grandes ciudades y sus costumbres difieren de las nuestras. Las dos poblaciones mayores son: Makimos la guerrera y Eusebis la piadosa. Los eusebianos son hombres de la edad de oro. Todos sus asuntos marchan á las mil maravillas y sus días trascurren en la abundancia. Los makimianos por el contrario viven en perpetua guerra entre ellos y con sus vecinos. Pocos mueren de enfermedad. Casi todos terminan su vida en los combates á mazadas ó pedradas porque no conocen el fuego. En su país abundan el oro y los metales. Una vez quisieron venir á nuestras islas. Innumerables guerreros traspusieron el Océano y llegaron hasta los hiperbóreos, pero habiendo sabido que para nosotros estos pueblos cuya vida trascurre oscura y sin gloria, eran los más felices de la tierra, despreciaron semejante conquista... Los Meropes constituídos en ciudades numerosas y considerables ocupaban una vasta región que terminaba en una especie de abismo llamado Anostos, lleno de vapores sombríos y rojizos. En este país corren dos ríos: uno era el de la Alegría y otro el de la Tristeza. En sus márgenes crecían árboles semejantes á los plátanos y cuya fruta presentaba propiedades análogas á las del río junto al cual nacían. El que comía frutas del río de la Tristeza pasaba el resto de su vida llorando y acababa por morir de dolor. Las frutas cogidas en las márgenes del río de la Alegría producían el efecto contrario; el que los probaba olvidaba cuanto había querido y se rejuvenecía gradualmente pasando de la vejez á la edad viril, á la juventud, á la adolescencia y á la infancia hasta volver á la nada.

Teopompo, autor de esta novela, nos prueba con ella misma su desconocimiento del mar Océano. Eliano negaba toda autoridad á su narración. A pesar de esto ha habido autores que han creído ver en la ciudad de Makimos, nada menos que Méjico. Otros la han asimilado á la Atlántida con objeto de dar más fuerza á esta leyenda.

El mar septentrional, la parte Norte del mar Océano, llamábase mar Cronio entre los antiguos. Era para ellos la región de las fábulas por excelencia é imaginábanla en un estado gelatinoso, cubierto de brumas y poblado de monstruos. Las únicas nociones que acerca de él se tenían debíanse á los fenicios, á los cartagineses y á Piteas de Marsella. En esta región colocó Plutarco un mundo de fantasía: el continente Cranión. Un individuo llamado Sila (4) cuenta á Lamprias, hermano de Plutarco, que en Cartago halló un extranjero gran sabedor de todas las ciencias, el cual extranjero acababa de adquirir gran fama descubriendo unos pergaminos sagrados que habían sido trasportados secretamente fuera de la ciudad cuando la destrucción de ésta. Llegaba de una isla misteriosa situada en los confines del Océano. Había permanecido en ella 30 años desempeñando las funciones de sacerdote de Saturno.

«La isla de Ogigia, le dijo el extranjero, dista de la Gran Bretaña cinco días de navegación hacia Occidente. Hacia Poniente hay tres islas tan distantes de la primera como lo están ellas mismas unas de otras. En ellas el sol apenas se pone durante una hora, en un mes entero. Esa es toda su noche. Las tinieblas son poco densas además y seméjanse mucho al crepúsculo.» Aquí termina la parte que pudiéramos llamar científica de la narración del extranjero. Lo demás es todo pura fantasía. En las líneas trascritas hay materia bastante para hacer creer que los antiguos tuvieron noticia de algunas tierras atlánticas. Y de ser así la tendrían por el conducto que supone Plutarco, es decir, por Cartago. El dato relativo á la presencia del sol sobre el horizonte casi sin interrupción durante un mes, es exacto y puede aplicarse al de junio en las regiones árticas. La oscuridad no es efectivamente completa; reina una especie de crepúsculo «bastante claro, decía el monje Dienil siglos después en su bárbaro lenguaje, *para poder quitarse los piojos.*» Horn cree que la Ogigia es Groenlandia, Ortelio la identifica con América. M. Gaffarel á quien he seguido en este extracto, se inclina á esta misma opinión indicando que el golfo (de que en otro pasaje habla Plutarco) tan extenso como el *Meotides* que había en Ogigia, podría muy bien ser el mar de Baffin ó la bahía de Hudson.

La leyenda iba pues tomando cuerpo. Sin la destrucción de Cartago por Roma ó sin la decadencia prematura del mundo antiguo, el Atlántico no hubiera tardado en ser explorado. Los primeros datos científicos empezaban á fundirse con las tradiciones mitológicas. Los hubiéramos visto sobreponerse poco á poco á éstas hasta que el misterio hubiera desaparecido. ¿De dónde procedían esos datos? ¿Quién podía traer esas noticias? Tal es el problema que me propongo dilucidar en el artículo siguiente estudiando lo que acerca de los viajes de fenicios y car-

(1) Gaffarel. *Etudes sur les rapports de l'Amérique et de l'ancien continent*, págs. 11, 12 y 13.

(2) J. Costa, *Río de Oro en la Antigüedad*. Revista de Geografía comercial. Julio-setiembre de 1886.

(3) Puede tenerse por averiguado que las Canarias, Azores y Madera no son restos de ningún continente sumergido. Su formación data del período mioceno y de entonces acá las fuerzas volcánicas han continuado su obra creadora con gran energía. En muchas partes de Canarias las formaciones pos-miocenas alcanzan un espesor de 1200 metros. Lo mismo ocurre en Madera y Azores. Además el Océano que rodea todas estas islas presenta profundidades de 2 á 3000 metros sin el menor vestigio de tierras sumergidas en fecha reciente. La fábula de la Atlántida no tiene pues realidad alguna científica. (Véase Lyell, *Principes of Geologie*. Calderón, *Edad geológica de las islas Atlánticas.*)

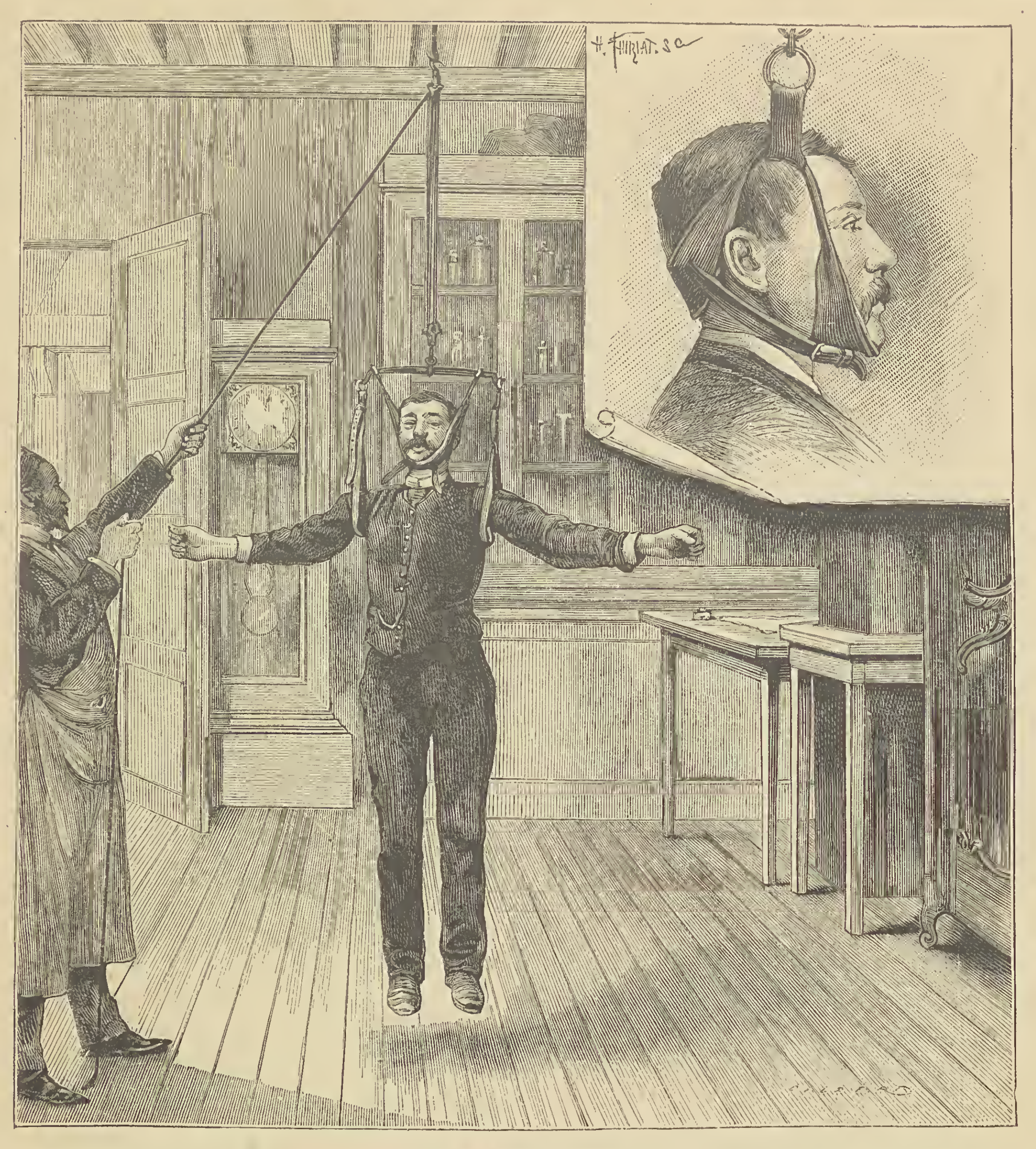
(4) Plutarco, *de facie in orbe lunæ*.

tagineses se sabe que es bien poco, y la influencia que en el descubrimiento de América pudieron tener las razas que del Viejo Mundo pasaron al nuevo. De esta manera habré rehecho, hasta donde mis fuerzas me lo permitan, la historia de todos esos vagos rumores, tradiciones y leyendas que por fin tomaron cuerpo el día en que Cristóbal Colón puso sus pies en la tierra americana.

G. Reparáz

Tratamiento de la ataxia por la suspensión, empleado por el Dr. Motschutkowsky de Odessa.

La palabra ataxia nada dice ciertamente á la mayor parte de nuestros lectores, pero si procuran hacer memoria no pocos recordarán haber visto por la calle á algún desgraciado apoyado en el brazo de su esposa, de un acompañante, sosteniéndose del otro lado con un bastón, caminando muy lentamente y moviendo las piernas de una manera sumamente rara, cual si obedecieran al impulso de un resorte. Falta en estos enfermos coordinación de movimientos, no existe en ellos proporción ninguna entre el esfuerzo sencillo y ligero por demás de avanzar la pierna para la deambulación y el movimiento insólito realizado contra la voluntad. Cuando el enfermo está acostado, puede mover las piernas; la fuerza muscular permanece intacta; pero puesto de pie no le es dado equilibrar, proporcionar el esfuerzo al efecto deseado.



Tratamiento de la ataxia por la suspensión, en la Salpêtrière (Del natural). – Detalle del aparato tomado de una fotografía de Mr. Albert Londe

Este modo de andar es característico en la enfermedad designada con el nombre de ataxia locomotriz, enfermedad que reside en la médula y cuyo curso lento y gradual, casi fatal, es una larga agonía para el desdichado que con todo conocimiento presencia hasta los últimos momentos el desquiciamiento general de su ser.

Este síntoma de desórdenes en la manera de andar es uno de los que más saltan á la vista, pero no es el único pues va acompañado de atroces dolores irradiados en los miembros y en el vientre que aparecen con la instantaneidad del rayo, de donde les viene el nombre de fulgurantes, de lesiones en el nervio óptico causa de cegueras más ó menos completas, de desarreglos en el lado de los órganos viscerales, en las articulaciones, en todo el aparato sensitivo, locomotor, de una friabilidad tal del tejido huesoso que los menores movimientos producen fracturas, y de otros muchos síntomas que sería prolijo enumerar.

Hasta ahora la terapéutica se ha sentido poco menos que impotente para combatir los progresos de tan terrible enfermedad cada día más frecuente. Tal remedio ó cual medicamento han producido mejorías de mayor ó menor duración y en algunos aunque rarísimos casos parece que llega á dominarse el mal, pero en el fondo y fuera del alivio proporcionado á los dolorosos paroxismos, los tratamientos más enérgicos no han dado por resultado nunca una curación. Ante esta impotencia, fácilmente se comprenderá la sorpresa experimentada por el mundo científico al saberse que un médico había conseguido, por medio de un procedimiento especial, notables mejorías en esta enfermedad gravísima. Imagínese cuál sería el asombro y la emoción de esos innumerables enfermos ante la idea de que iban á aliviarse, quizás á curarse completamente. ¿Qué teoría movió al doctor Motschutkowsky de Odessa á emplear este tratamiento? Difícil nos sería decirlo; pero es lo cierto que de repente anunció este médico que en trece tabéticos ó atáxicos había logrado hacer desaparecer los dolores, mejorar la incoordinación de los movimientos y en una palabra modificar esencialmente el estado de sus enfermos. El medio de que se había valido era sencillísimo: había tomado el aparato inventado hace seis ó siete años por Sayre, de Nueva York, para corregir las desviaciones de la columna vertebral, y con ayuda del mismo suspendido á sus enfermos: esta suspensión de algunos minutos repetida todos los días había dado resultados inesperados.

El doctor Raymond que pudo comprobar en Rusia (á donde fué con una misión oficial) la exactitud de los hechos anunciados dió, al regresar á Francia, cuenta de sus observaciones al profesor Mr. Charcot. El procedimiento de extensión fué desde luego puesto en práctica previos los oportunos estudios y muy pronto circuló la noticia entre la clase de enfermos que hoy acuden presurosos todas las mañanas á la Salpêtrière llenos de confianza en el nuevo tratamiento.

El aparato es sencillo en extremo: vamos á describirlo someramente suprimiendo detalles ociosos que el grabado explicará mejor que las palabras. La suspensión se verifica por un brazo de hierro del cual penden dos abrazaderas de cuero que ajustan en los sobacos; por otra parte la cabeza está cogida en una especie de saco con babera que la mantiene inmóvil. El juego de estas correas varía según la corpulencia y la estatura del enfermo, pues importa mucho que la tracción realizada por un juego de poleas no afecte únicamente á la cabeza y al cuello, lo cual sería peligroso y sobre todo intolerable, sino que esté equilibrada dentro de ciertas proporciones entre la cabeza y el sustentáculo de los brazos para permitir el alargamiento del raquis en una justa medida.

Cuando el enfermo, despojado de la prenda principal de su traje, está perfectamente *enjaezado*, un ayudante tira lentamente de la cuerda y levanta suavemente al enfermo á algunos centímetros del suelo: la sensación no es generalmente muy desagradable y los enfermos se acostumbran pronto á ella, amén de que las primeras sesiones son muy cortas durando medio minuto el primer día, un minuto el tercero y aumentando así sucesivamente por medios minutos hasta llegar á los tres minutos ó tres y medio, que es la duración máxima. Estas sesiones se celebran de dos en dos días dejando uno en medio de descanso.

Mientras el enfermo está suspendido en el aire se le recomienda que de cuando en cuando levante suavemente los brazos á fin de que la tracción y la suspensión sean más efectivas, evitando, empero, los movimientos bruscos por razones fáciles de comprender. A los tres minutos se suelta gradualmente la cuerda y el enfermo llega al suelo sin experimentar la menor sacudida.

He aquí todo el tratamiento: de su eficacia es buena prueba el hecho de que en una primera serie de noventa enfermos, treinta que lo siguieron con asiduidad han experimentado una notable mejoría, pudiendo andar más fácilmente (y este es el primer síntoma del alivio) los que con dificultad se movían, siéndoles hoy posible hacer largas caminatas á algunos que al principio tenían que ser llevados en coche al hospital y siendo en todos menos pronunciada la incoordinación de los movimientos. Este tratamiento atenúa, además, otros accidentes tales como las crisis dolorosas, los desarreglos de orina, etc. Hay, en suma, mejoría real y positiva de una duración no conseguida con los demás sistemas terapéuticos. ¿Cómo explicar estos resultados? La cosa es bastante difícil. Esta suspensión produce un alargamiento pasajero de las raíces nerviosas, de la médula misma: hace algunos años se intentó conseguir la desaparición ó la atenuación de determinados síntomas de la ataxia poniendo al descubierto y estirando los principales troncos nerviosos de los miembros, pero los resultados obtenidos no fueron muy satisfactorios, en vista de lo cual se abandonó este método terapéutico. Pero sea lo que fuere, el hecho es que con la suspensión se logra una mejoría que, sin embargo, no es más que un alivio, pues los signos fundamentales, como los signos pupilares y la abolición de los reflejos, subsisten á pesar de todo. Pero ¿no es, por ventura, mucho proporcionar á estos enfermos incurables un alivio por pasajero que sea? De hoy más el médico no estará absolutamente desarmado en presencia de esta enfermedad y aun cuando no se haya dado todavía con la explicación de estos alivios no por esto el tratamiento será menos beneficioso para los enfermos: el facultativo en vez de limitarse á una medicación banal é ineficaz, podrá aconsejar á sus clientes que se hagan *ahorcar*, como dice con mucha gracia uno de nuestros colegas.

NOTICIAS VARIAS

Cría de ranas en los Estados Unidos. – Las ranas, desdeñadas en otro tiempo por los americanos, son hace años objeto de tal consumo, que á estas fechas todos los estanques y pantanos de Nueva York y de Milwaukee en el Wisconsin están despoblados de ellas, pues el consumo excede con mucho á la producción. Para remediar este inconveniente y satisfacer los gustos gastronómicos de los yankees, se trata de establecer viveros de ranas; pero se tropieza con algunas dificultades, entre ellas la de que siendo este anfibio animal insectívoro, no es fácil proporcionarse la cantidad de moscas é insectos necesaria para todo un vivero. Además, los renacuajos tienen una porción de enemigos, empezando por la rana adulta que suele devorarlos; y por último, estos batracios, como todos los reptiles, tardan mucho en desarrollarse, de lo cual resulta que se necesitarían lo menos diez años para que las ranas pudieran ser pescadas y vendidas, y esto haría la explotación muy onerosa. Mientras se resuelven estas dificultades, los americanos importan las ranas del Canadá y de los pocos Estados cuyos habitantes no han podido vencer aún la repugnancia que este alimento les inspira.



Coche-velocípedo, llamado *Sultán*, de la fábrica Dumstrey y Jungck, de Berlín

Barcelona. — Imp. de Montaner y Simón